

ANDY

CLAR

BAILAR ACOSTADA Mi historia, tan real y fantasiosa como mi principal y gran viaje: *el viaje de mi vida.*

ANDY CLAR BAILAR
ACOSTADA

Foto de tapa: Emanuel Combin
Diseño de tapa: Cristian Collavo
Diseño de interior: Valeria Boquete
Edición: Ana Wajszczuk

Clar, Andy

Bailar acostada / Andy Clar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.

168 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7328-7

1. Autobiografías. I. Título.

CDD 808.8035

© 2022, Andrea Graciela Liberfarb

Diseño de cubierta: Cristian Collavo

Fotografía de cubierta: Emanuel Combin

Diseño de interior: Valeria Boquete

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: mayo de 2022

5.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7328-7

Impreso en Gráfica TXT S.A.,

Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de abril de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,

la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o

por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,

digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.





*Primera
parte*

Qué gris se ve el cielo. ¿Por qué me lo están tapando? Estoy tirada en mitad de una avenida y veo personas como sombras que se acercan a mí, gritan, hablan entre ellas, con caras de pánico piden un médico. Y me tapan el cielo. Empieza a llover; las gotas son tan finitas, tan delicadas, hay tanta niebla que me pregunto si esto no será un sueño.

Un auto arranca por detrás de mí y siento que pisa mi pelo largo desparado sobre el pavimento, y entiendo que el semáforo volvió a ponerse en verde.

No me puedo mover. No siento las piernas. “Tranquila, Andy”, me dice Lucía mientras me agarra la mano. “Ya viene una ambulancia a buscarte”.

—¿Qué pasa, Lu? ¿Esto es real? ¿Me pisó de verdad un colectivo? ¡Vi las ruedas gigantes pasando sobre mis piernas!

—Sí, pero quedate tranquila, ahora vienen a buscarte, tratá de respirar...

—¡Ay, Lu, por favor, fijate que no se vea! Hoy me indispuse, ¿me estaré manchando?

Lucía, mi amiga, la que despedí hace minutos —aunque parece que hace horas que estoy tirada acá— antes de cruzar Gaona y Donato Álvarez, frente a la Plaza Irlanda, mira hacia mis piernas y no me responde, pero puedo ver el terror en sus ojos. Entonces suspira hondo y me dice: “Quedate tranquila, no se ve nada”.

Levanto una mano, lo único que puedo mover. Los dedos están manchados de sangre. No quiero ver más.

Lo sabré luego, pero estoy tirada en medio de un charco de sangre enorme, con múltiples fracturas después de que un colectivo de la línea 86 cruzara el semáforo en rojo justo cuando yo atravesaba la avenida Gaona, pasara por encima de mis dos piernas y las dejara enroscadas entre sí en una postura imposible, como de muñeca rota.

La gente sigue hablando, tapándome el cielo. Escucho que alguien dice que abran paso, que vienen los paramédicos. No siento dolor. No siento nada, solo un adormecimiento, como si mi cuerpo pesara toneladas. A mi lado, cerca de mi cabeza, lo único que veo es uno de los mocasines negros que me puse esta mañana antes de salir para el trabajo con el taco ancho roto, partido en dos.

De repente me veo desde arriba, como en las películas, como si estuviera flotando: me pasan del duro concreto de la calle a una camilla, y veo mi pelo negro largo, ondulado y suelto, mi cara pálida pero bien maquillada. Las piernas no las veo. No me puedo mover pero estoy como volando, ¡qué raro!

—Tuviste un accidente y te estamos llevando al Hospital Álvarez. Ahora te vamos a subir a una camilla.

—Pero estamos frente a una clínica, ¿no me pueden atender acá?

—No, es una clínica privada. Te vamos a llevar a un hospital público porque no tenés obra social.

—Por favor, Lu, avisale a mi mamá. Señor, ¿me voy a morir?

El médico emergentólogo, un hombre de unos treinta años, no me responde. Lo miro directo a sus ojos celestes buscando una verdad sincera e inmediata. Tiene un ojo fijo, como si fuese un implante. Quizá en el pasado él también tuvo un accidente, porque se afloja y parece entender mi desesperación.

“Tranquilízate, vamos a hacer todo lo posible para que estés bien”, me dice mientras me suben entre cuatro personas a una camilla de madera. Voy atada y con cuello ortopédico. Mientras se prende la sirena a todo volumen, siento que me desvanezco.

–Me voy a desmayar –le dije.

Pero él ya tiene el oxígeno preparado y, finalmente, no me desmayo. Me sedan levemente, y sigo consciente.

La ambulancia avanza a paso de hombre. Lucía me agarra la mano, trata de que no la vea llorar, dice que van despacito porque estoy delicada y no pueden agarrar ningún pozo. Siento que nos movemos como si estuviéramos dentro de un lavarropas porque cualquier movimiento me duele terriblemente en todo el cuerpo, pero sé que va despacio, como un coche fúnebre. ¡Ay, no, no quiero pensar eso! Tengo veintitrés años, acabo de conseguir un trabajo nuevo y me va bien, tengo miles de ideas, miles de viajes por hacer, miles de sueños por cumplir. ¡No me puedo morir ahora!

Quiero pensar en mañana, mañana. O en ayer. Puedo escucharme cantar: ahí estoy, sobre la mesa del comedor. Tengo cinco años, estoy en casa de mis abuelos y este es uno de mis *shows*, con mi familia como público. Tengo un cepillo en la mano a modo de micrófono. Y en un inglés inventado, estoy cantando una de mis canciones favoritas, que en mi casa se escuchaba como un mantra: *Start spreading the news. / I'm leaving today. / I want to be a part of it / New York, New York...*

Capítulo 1

El sol brillará mañana

El pasillo era largo, eternamente largo para mí. No sé cuán largo era realmente; iba hasta más allá de la mitad de la manzana, pero cuando una es chica todo es enorme.

La calle Tejedor fue mi primer mundo y mis primeros viajes fueron el ir y venir por ese pasillo. Los Clar habían construido departamentos tipo PH en un terreno de Caballito que daba a esa calle, y en cada uno vivían distintos integrantes de la familia: abuelos, tíos y primos. En uno vivían mis abuelos maternos, María Esther y José; adelante, mi tío abuelo Meco, que además tenía allí una carpintería al frente, con su hija, mi tía Rosa, que tenía una peluquería en el mismo departamento.

Ella era compinche de mi madre y pintora autodidacta. Yo siempre la miraba pintar, con sus manos que parecían pájaros veloces pero delicados, y pensaba: “Quiero ser como ella”. ¡Amaba sus zapatillas de taco chino y sus rulos rubios descontrolados! Al final del pasillo, en un departamento de dos ambientes que nos alquilaba otra tía, vivimos un tiempo con mi familia a mis cinco años.

Yo fui la primera de mi generación, el primer bebé de la familia. Nací el 13 de enero de 1973, el día del cumpleaños de mi adorada abuela Esther, que es una de las grandes referentes de mi vida por su alegría, su perseverancia, por lo trabajadora que era, todos valores que me marcaron mucho.

Mi nacimiento fue una noche tormentosa en la que parecía que se iba a venir el cielo abajo. Las persianas del Hospital Israelita se golpeaban y se volaban

las cortinas por el viento, entre relámpagos y truenos. Mi abuela siempre decía que llegué al mundo con la potencia de esa tormenta inesperada.

Mi mamá estaba asustadísima, no solo por el viento –siempre le había tenido miedo a las tormentas–, sino porque ya estaba pasada de su fecha de parto. La noche del 13 de enero, mientras la familia festejaba entre guitarreadas y docenas de empanadas de carne en el departamento de la calle Tejedor, yo decidí que era hora de salir a probarlas.

El embarazo había sido muy complicado: durante esos meses, sufrió una enfermedad no muy conocida en esa época llamada pielonefritis, una infección renal que nos había puesto en peligro a las dos y que requirió transfusiones de sangre directas de mi padre hacia ella.

Fui la primera hija de Liliana Clar y Bernardo “Cacho” Liberfarb. Irrumpí de golpe en sus vidas: mi mamá tenía diecinueve años, mi papá veinte, y hacía poco más de un año que estaban de novios. Se habían conocido a través de una amiga en común. De hecho, Lili, que era muy buena alumna, terminó los últimos meses del colegio secundario conmigo en la panza. Cacho, un chico muy callejero del barrio de Floresta, fanático de All Boys y exjugador de fútbol, iba de changa en changa para ganar dinero, mientras mi madre se hacía a la idea de que alguna vez sentaría cabeza.

Siempre sentí que esas transfusiones de sangre entre ambos, conmigo aún en la panza de mi mamá, son la razón por la que tengo esta mezcla creativa y comercial, ¡lo mejor de ambos mundos!

16

Lili, la morocha alta y flaca que cantaba y pintaba como los dioses, y Cacho, el morocho seductor y enigmático de pantalones Oxford, estaban muy enamorados y ante el embarazo decidieron casarse. No hubo fiesta, solo un matrimonio en el registro civil a fines de 1972 con algunas caras largas: por un lado, estaban un poco presionados para casarse por mis abuelos maternos (católicos), mientras que mis abuelos paternos (judíos) estaban en contra.

Supe que cuando mis padres se enteraron de que estaban embarazados de mí, se abrazaron fuerte y se escaparon, huyeron enamorados a Mar del Plata para protegerme, por miedo a las reacciones familiares. Pero el amor fue más fuerte y no dudaron en avanzar con la relación que los unía en ese momento.

“Te casás con esa chica y no nos ves más”, le habían dicho a mi papá. Incluso su hermana mayor, diez años más grande que él, llegó a ofrecerle a mi mamá un departamento en Mar del Plata “de regalo” con tal de que se separaran. Pero no lo hicieron. En cambio, nació yo, a él lo echaron de su casa y durante mi infancia casi no tuve relación con mi familia paterna.

Mis antepasados ya venían de una historia prohibida: al parecer, mi bisabuela materna era hija de un cura.

Cuando miro las fotos de ese día en el registro civil y veo esas caras serias, pienso que nací en medio de un quilombo y que ese sería mi entrenamiento para muchas de las situaciones difíciles que me tocarían enfrentar en la vida.

Mamá y papá no tenían un peso y se mudaron un tiempo con mis abuelos maternos hasta acomodarse. Unos años después, con mucho esfuerzo, alquilaron un departamento mini, en pleno barrio de Floresta. Ese departamentito de un ambiente dividido por un placar y amueblado apenas con una mesa de fórmica naranja y unas sillas de respaldo de madera alto tipo escalera, bien de esa época, se convirtió en el primer hogar de esa pareja joven y de esa bebida llorona que era yo.

“Llorabas, pero de manera muy armónica”, me dice siempre mi mamá. “Como si estuvieras preparándote para cantar”. Pasamos un par de años ahí hasta que mi mamá quedó nuevamente embarazada, cuando yo tenía cinco años.

Era plena época de dictadura y represión. Recuerdo a mi mamá leyéndome cartas de su hermano exiliado rogando que viajáramos a Brasil con él, y a ella con su panza enorme tratando de explicarme de manera sencilla por qué su hermano, mi tío, nos decía eso. Mi abuela Esther, que me crio buena parte de mi infancia mientras mi mamá trabajaba, apenas podía disimular su angustia.

Tiempos peligrosos, pero, por supuesto, yo no sabía qué estaba sucediendo en mi país. A mi mamá la seguían desde su trabajo hasta nuestra casa; a mi abuela, también. El hijo de la madrina de mi madre había desaparecido... Esto lo supe de grande, pero recuerdo percibir un miedo –duró varios años– que no me dejaba dormir sola en la cama a la noche, aunque no entendía muy bien por qué.

Según cuentan, yo era una nena muy expresiva. Cantar era una de mis pasiones, y lo sigue siendo. En mi casa se escuchaba mucha música, desde Los Beatles o los Rolling Stones (los favoritos de mi papá) hasta Julio Iglesias, Goyeneche, Piazzolla y Los Parchís (tuve un disco de este quinteto infantil español, megapopular en esa época, que era un auténtico tesoro para mí). Amaba el ruidito de la púa al apoyarse sobre el disco: me parecía que alguna clase de magia transformaba ese círculo de vinilo en sonido.

Mi favorito, sin duda, era Frank Sinatra, que a fines de los años setenta sonaba en todos lados. En especial, me gustaba *New York, New York*: era mi canción favorita. Quién diría en esos años, cuando apenas nos alcanzaba para tomar el colectivo, que esa ciudad iba a ser tan central en mi vida y que “si lo logro allí / lo lograré en todas partes”. Jamás hubiera pensado que la letra decía eso, pero mi percepción, creo –siempre fui muy intuitiva–, ya se empezaba a desarrollar, y mis sueños profundos empezaban a gestarse.

Recuerdo cantarla –en mi inglés inventado y fonético, ¡al igual que hoy!– en todos lados: por la calle, sobre la mesa del comedor de mis abuelos a modo de escenario, y ante los atónitos pasajeros del colectivo 125, que tomábamos con mi mamá para ir a lo de mis abuelos cada mañana, donde me quedaba mientras ella continuaba viaje camino a su trabajo.

Es curioso pensar –y también me emociona– cómo yendo hacia el pasado es posible encontrar indicios de lo que será nuestro futuro.

La vida no era fácil en mi casa. Lili y Cacho se las rebuscaban para darnos, a mí y a la nueva bebida, mi hermana Vanesa, la mejor vida que podían.

Mi mamá era, y sigue siendo, la gran inspiración de mi vida. Ella sabe transformar todo lo que toca para convertir lo feo en agradable, lo poco estético en una obra de arte, lo escaso en abundante. Mi papá boyaba de trabajo en trabajo y muchas veces sus deslices financieros nos hacían empezar de cero una y otra vez.

Recuerdo la vez que conocí el mar. Tenía cinco o seis años y eran las primeras vacaciones de mi vida. Estaba entusiasmada, pero fue debut y despedida: al otro día de llegar, mi papá se jugó los pocos pesos que tenían en el casino de Mar del Plata creyendo que podría multiplicarlos y tuvimos que volver de inmediato a Buenos Aires.

Mi mamá trabajó un tiempo en un local de ropa; mi papá, de lo que conseguía, ya sea manejar un taxi o repartir queso. Y, sobre todo, vendiendo las cosas que mi mamá creaba con la fuente inagotable de su ingenio. Si mi abuela Esther es un referente en mi vida, el otro gran referente es mi madre: si siempre apuesto a la creatividad para resolver todos mis problemas, sin dudas eso lo heredé de ella.

Algunas personas, ante una situación difícil, se deprimen o tienden a ser catastróficas. Yo siento que siempre encuentro otra forma de mirar lo que sea que me esté sucediendo y sacar algo positivo de ahí, aunque sea algo terrible.

18 A esto se suma también la herencia de mi abuela. Algunas de sus frases me quedaron grabadas a fuego: “Nada es imposible” o “No pierdas la fe”, por ejemplo. También su manera de vivir la vida con alegría, sea lo que fuere que pase, y de ponerse en el lugar del otro para tratar de comprender su punto de vista.

A los ocho años, después de la muerte de su padre, se había quedado pelada por una enfermedad desconocida para la época, que hoy sabemos que es estrés. Su fortaleza siempre fue enorme. De ella aprendí, observando sus reacciones, frases y conceptos que hoy me definen absolutamente, y son en lo que creo y por lo que trabajo. A nadie le llamó la atención cuando, muchos años después, me senté en la silla del tatuador y le dije, mostrándole mi brazo izquierdo: “Tatuame con letra cursiva ‘Nada es imposible’”.

Algunas de mis inquietudes artísticas también vienen de mi abuela. Recuerdo que cantaba todo el día. Yo me sentaba en la escalera del patio y la escuchaba mientras ella preparaba mi sándwich preferido del mundo: tomate perita bien colorado y sabroso con sal, oliva y mayonesa, pan sin corteza y partido en dos. La miraba moverse al ritmo de la música y esta escena siempre terminaba con un: “¡Abu, te amo!”.

Cuando empecé terapia, mi psicólogo me dijo que de mi mamá aprendí a tapar las cosas feas con otras lindas. Yo siento que la palabra correcta no es “tapar”, sino “transformar”. En casa no teníamos un peso, y mi mamá me mandaba a la esquina a comprar tres huevos, un pedacito de queso del tamaño de un casete y cien gramos de paleta. Con eso teníamos que comer cinco, porque cuando tuve diez años se sumó a la familia Gastón, mi hermano menor.

Pero ella ponía en la mesa una tarta con masa casera que uno se preguntaba: De dónde la sacó?? Esculpía rosas con la masa y se las ponía encima para decorarla, algo muy trabajado, crujiente y sabroso, para una cena cualquiera a la noche. Y yo no sentía que estaba comiendo ese pedazo de queso mínimo con tres fetas de paleta. Yo pensaba: “¡Qué hermoso! ¡Qué afortunada soy de comer esto!”.

Tanto a mi mamá como a mi papá siempre se les ocurría algo para traer plata a la casa. Pintábamos platos de terracota con motivos para los turistas, o hacíamos *bijouterie*: aros, pulseras. Me acuerdo de una lágrima de acrílico que hicimos, que fue furor. Hicimos millones de aros de lágrimas de acrílico.

Una vez, mi papá trajo un cordón color flúo y a mi mamá se le ocurrió hacer unas pulseritas, que terminaron en las muñecas de todas las chicas a mediados de los años ochenta. Estaban muy de moda y era un laburo en serie.

Había que quemar las dos puntas del cordón en la hornalla para armar la pulsera. Por las tardes, al regresar del colegio, yo me sentaba a la mesa ante una pila de cordones verdes, amarillos y rosa flúo a ayudar a mi mamá a armarlas. Hacíamos miles.

Otro *hit* fueron las hebillas tipo tic tac. Mi papá traía hebillas lisas blancas, rojas y amarillas, y mi mamá las pintaba: quemaba la punta de una birome y le insertaba un alfiler de cabecita; así, la convertía en una herramienta para pintar. Nos sentábamos en el comedor del PH ante la eterna mesa de fórmica naranja y, sobre esa furia de color, apoyábamos todo, mojábamos el “pincel” en un acrílico y hacíamos florcitas en las hebillas.

Con las ganancias vivíamos una temporada, hasta que ya casi no nos quedaba un peso y mamá sacaba otro *hit* de la galera, que mi papá se encargaba de vender en distintos locales o kioscos tipo mayorista.

Juntos eran un gran equipo comercial, pero entre ellos las cosas eran muy inconstantes: tenían momentos de armonía y momentos donde todo era discusión y llegadas tarde de mi papá. Yo los amaba –y los amo– profundamente, pero nuestra vida no era nada fácil.

Con mi mamá siempre fuimos muy compinches. Al ser ella tan joven cuando nací, es como si hubiéramos crecido a la par. Es esa maga que decoraba los azulejos del patético lavadero del patio con tulipanes hechos con papel vinilo para darle un poco de onda a los lugares mínimos donde vivíamos. Eso es algo que reconozco en mí, que siempre estoy pintando, decorando o tratando de hacer más cálido cada lugar por el que paso.

Cuando alguien viene a casa, por ejemplo, me gusta agasajar: cocinar su comida favorita, sumar multitud de detalles, decorar la mesa con flores; cosas que para mí representan amor. No necesito ingredientes para cocinar. De mi mamá aprendí a abrir la heladera, ver qué hay y preparar algo maravilloso. Ella me enseñó que, con creatividad, todo se vuelve mágico; mi abuela insistía en que el condimento era el amor, así tengas dos pesos en el bolsillo, algo que he aplicado toda mi vida.

Mi papá también era una especie de dios para mí, sobre todo en mi primera infancia. Lo recuerdo recostado en las rocas de Mar del Plata con los pelos largos al viento, con su onda a Mick Jagger, aunque a veces, cuando perdía All Boys, llegaba de muy mal humor a casa. Creo que esa es otra cosa que me marcó de mi infancia y pude transformar: casi nunca estoy de mal humor. Puedo sentir en el cuerpo la energía de malestar, tristeza o angustia que pone de mal humor a los demás... y entonces intento cambiar el clima.

Era muy chica para entender a mi padre en aquel momento; un hombre inexperto que desde los veinte años actuaba en una obra infantil que, al terminar, daba paso a una función bien distinta: un *show* de *striptease* y vivía de fiesta.

A mi papá le fascinaba el teatro. Había sido actor *amateur* (su espectáculo infantil se llamaba *La pulguita* y *Cachito*) y me llevaba mucho al circo y al teatro, incluso a ver obras para adultos. Lo que más me gustaba de ir al circo era una cajita mínima en la que se miraba a trasluz y veías la foto que te sacaban al llegar. Me encantaba descubrir el reflejo de la imagen con solo enfocar el sol.

Mi amor por el arte y mis futuras incursiones en escenarios tienen su impronta ya desde los *shows* que hacía en mi casa, donde verdaderamente creía que estaba sobre las tablas con miles de personas escuchándome. Recuerdo sentir la vibración de mi voz en el cuerpo, cerrar los ojos y creer que llegarían aplausos.

20 Sin duda, la obra que más me marcó fue *El violinista en el tejado*, un clásico de la tradición judía, esa que yo conocía tan poco a pesar de que mi familia paterna profesaba esa religión. Una canción en particular me emocionaba mucho y es el día de hoy que aún me emociona. Tiene que ver con el viaje justo. Dice: “Volveré a mi tierra allá en Israel. / No quiero morirme sin antes volver”, como si una semilla de mis raíces me atrajera sin que me diera cuenta.

Calculo que en algún punto yo sentía el tironeo entre el mundo en el que vivía y el de las tradiciones de mis abuelos paternos, con quienes casi no tenía relación. A pesar de haber viajado tanto, Israel sigue siendo una cuenta pendiente: estaba en mis planes para 2020, pero la pandemia por COVID-19 nos dejó sin viaje.

Hoy, mientras grabo episodios para mi programa *Chicas de viaje* y recorro la Argentina, aprendo a conocer y honrar las historias que hacen a nuestro país. Me pregunto si la emoción, al ver esa obra y escuchar esa canción en mi infancia, no se debía también a eso, a la ilusión de viajar y en cada viaje –de los cientos que hice y que en aquel momento de mi vida no podía siquiera imaginar– aprender a amar un poco más la vida y la tierra en la que nació.

Porque yo siempre supe que tenía alas que me llevarían lejos. Y que si el sol no brillaba hoy, lo haría mañana.

A todos nos pasa: en ciertas situaciones, sentimos que estamos dentro de una película. Pero dejame decirte que yo, en verdad, tuve esa sensación desde muy muy chica.

Vivía cada momento difícil o triste como si fuera parte de una película y, casi como un mecanismo de defensa, eso me permitía tomar un poco de distancia. Siempre supe que tenía mil sueños y que alguna vez iba a cumplirlos casi todos; que en el futuro estaba la vida que quería vivir.

Porque el presente no era muy alentador. Vivíamos al día, comiendo arroz o fideos durante semanas, y yo ya estaba en una edad –diez u once años– en la que te empiezan a dar vergüenza ciertas cosas. Recuerdo que en la primaria –iba a la escuela Manuel Peña, en el barrio de Floresta– me encantaba saltar al elástico, un entretenimiento muy popular en los recreos en esa época. Pocas cosas en ese momento me producían tanta adrenalina como ese juego. Me sentía suspendida en el aire por unos segundos, como en cámara lenta, con las trenzas volando como si así pudiera estar un poco más cerca del cielo.

Lo hacía muy bien, pero no quería ser el centro de atención: se armaban grandes rondas alrededor de las “ganadoras” de este juego. Y me daba muchísima vergüenza, porque no quería que los demás miraran mis zapatillas viejas y remendadas mil veces, las únicas que tenía, que a su vez eran la versión barata de las Nike –imposibles para nuestro presupuesto– que llevaban otros chicos. Encima era muy tímida, pero ¡muy! No quería sobresalir en nada; era la última en levantar la mano en la clase y la maestra casi no conocía mi voz.

Me gustaba ir a escuela, pero no tanto que me dijeran lo que tenía que hacer. Puede parecer que era un poco vaga, pero no era así: ¡en clase hacía mil cosas! Escribía, dibujaba y estudiaba... lo que me interesaba. Me encantaba escribir: diarios íntimos, canciones, pensamientos. En el secundario me convertiría en la escritora oficial de cartas de amor para todas mis compañeras y amigas, pero aún faltaba para eso.

Como broche de oro a lo fuera de lugar que me sentía en la primaria, en un recreo, jugando a la mancha, me caí al piso y me rompí una paleta. Se me caían las lágrimas sobre el polvo de diente que se esparcía sobre el piso de mármol negro.

Me pusieron un diente plateado. Yo ya me veía fea, porque era muy diferente a las demás chicas –muy huesuda y flaquita, con boca grande, aparatos de ortodoncia, pelo grueso y pesado, dientes prominentes, pómulos marcados–, y ahora, ¡encima!, un diente roto. Me sentía fatal. Creía que era el último orejón del tarro. Faltaba mucho para que mi boca, siempre pintada de rojo pasión, se convirtiera casi una marca registrada que me encanta.

Un día, cuando estaba en cuarto grado, la maestra nos hizo separar en sílabas, en voz alta y de a uno, palabras distintas que nos iba dando. “A quien no sepa, lo llevo de vuelta a primer grado”, amenazó. Cuando me tocó a mí, me puse muy nerviosa.

–E-mo-ci-ón –dije.

“¡Andrea, al frente!”, gritó la señorita Julia, enfurecida. Recuerdo su dedo índice acusador cerca de mi cara mientras repetía que iba a cumplir lo que nos había dicho. Yo la miraba atónita. ¡Si yo sabía hacerlo! ¡Solo me había equivocado!

Me agarró del guardapolvo blanco a la altura del hombro y casi arrastrándome, como una ficha, me llevó tres casilleros más atrás en el juego de la vida.

Al atravesar el aula de primer grado sentí una vergüenza enorme. Nunca me había sentido así.

Estuve sentada en el último asiento de primer grado con diez años, dos trenzas y un diente roto durante una clase entera.

Ese día experimenté la injusticia y la impotencia. Identifiqué el valor de la palabra y aprendí que debía comenzar a decir más, a hablar sin miedo. Había sentido en primera persona la exposición y el fracaso. Y, sin darme cuenta, a partir de ese momento fui generando una habilidad: que volver a empezar o equivocarme fuera parte de mi vida sin dramas. Saqué “fra-ca-so” de mi vocabulario y lo transformé en “a-pren-di-za-je”.

Un tiempo antes –tendría seis años–, una película española había hecho furor en la Argentina: *Tobi, el niño con alas*. Mi papá me llevó a verla y me marcó profundamente.

22

Es la historia de un chico al que le crecen alas. Como no quería ser diferente, sus padres se las cortaban todos los días, pero siempre le volvían a crecer. Tiene un final muy poético que no voy a spoilear. Solo la traigo a estas memorias porque, a pesar de ser tan chiquita, recuerdo que me sentía muy identificada con Tobi: yo también tenía miedo de ser diferente.

Entonces, cada día, al despertar, empecé a pedirle a mi mamá que me revisara la espalda, tal como hacía la mamá de Tobi. Quería que se fijara si no me estaba creciendo algo. Ella me decía que no, que cómo me iban a crecer alas, que esa era una fantasía. Pero yo tenía la sensación de que tenía que buscar algo en mí, algo diferente. Recuerdo perfectamente esa sensación de pánico a lo desconocido y el temor a no ser aceptada.

Curiosamente, cuando tenía veintiséis años, me sacaron un quiste del mismo lugar en el que, cuando tenía seis, estaba convencida de que me iban a nacer alas como a Tobi. Aunque no se vean, siempre siento mis alas enormes, no como las de los ángeles, que son las que me llevan a cada rincón del planeta aun sin moverme de mi casa.

Dentro de mi casa y en mi barrio –viví esas épocas gloriosas en las que los chicos nos pasábamos las tardes en la calle jugando entre vecinos–, me sentía segura y feliz. Y con la llegada de mi hermano Gastón también fui muy feliz. A partir de su nacimiento, a mis diez años, empecé a escribir mucho. Era mi cable a tierra

tanto en los momentos malos como en los buenos. Todavía recuerdo el poema que le escribí cuando nació:

“Pedacito de ternura / Cachetitos colorados / Ojitos de nuez partida y su pelito dorado / Cuando me mira yo siento un sentimiento increíble / Es tanto lo que lo quiero que me parece imposible / Cuando crezcas mi chiquito y toda tu vida armes / yo quiero que sigas siendo mi muñequito de carne”.

Pero la situación entre mis padres era cada vez más difícil, y a eso se le sumaba la ya de por sí difícil situación económica. Aunque nunca fue un lugar hostil, ni triste, ni sin amor, recuerdo esa sensación de incertidumbre. Nunca se sabía si mi papá iba a estar en casa o no, qué íbamos a comer, si íbamos a quedarnos en el lugar donde vivíamos un mes o dos meses más; casi nunca había grandes festejos de cumpleaños y mucho menos vacaciones.

Creo que fue por eso, y por lo mucho que me gustaba el teatro, que a los nueve años, cuando vi que se había abierto un *casting* en televisión –algo inédito para la época, principios de los años ochenta– para protagonizar la comedia musical *Annie*, que fue un exitazo total, la volví loca a mi mamá para que me llevara a postularme. Había visto la película y me había marcado mucho: me había identificado por completo con la protagonista y con su esperanzadora propuesta de vida.

Annie es la historia de una huérfana pelirroja que vive en un orfanato en New York a principios de la década del treinta cuando Estados Unidos está hundido en la peor crisis económica de su historia. La gobernanta del orfanato es malísima con ella y con sus amigas, pero Annie siempre tiene esperanzas de que en el futuro todo irá mejor. Y entonces canta:

“El sol brillará / mañana / dime cuánto apuestas que mañana / sale el sol / Mañana / te espero / mañana / te extraño / te falta / un día / para llegar”.

De más está decir que mi mamá no tenía ni tiempo ni plata para prepararme o para llevarme a un *casting*. “¡Andrea, además buscan una actriz pelirroja!”, me decía. Y yo le respondía: “¡Cortame el pelo –que siempre tuve largo–, teñime, no me importa, no se va a notar! ¡Las pecas ya las tengo!”.

Estaba obsesionada. Pensaba día y noche en ser Annie, como si, al representarla, pudiera lograr, yo también, un final feliz.

Practicaba esa canción todo el tiempo y creía profundamente en lo que decía. Siempre amé cantar. En la clase de música había un coro, y la maestra enseñaba mucho con el falsete, algo que yo no podía hacer, sin técnica ni práctica, porque siempre tuve la voz rasposa. Una vez me dijo que mi voz era como “de freír papas fritas” y nunca me incluyó en el coro. Me ponía a tocar el triángulo y yo, angustiada, pensaba y cantaba por dentro: “El sol brillará mañana... ¡Vení pronto, mañana, no puedo esperarte más!”.

Me inhibía, pero después te pelaba *Annie* con una pasión que me vibraba en el cuerpo. Tengo una voz personal. No es una voz limpia ni virtuosa. ¡Pero tampoco

era como para que no me pusieran en el coro de la primaria! Cuando cantábamos el himno en los actos del colegio, lo hacía con todas mis fuerzas y me emocionaba. Después de todo, era el único momento en el que podía cantar en público, ¡mirá si lo iba a dejar pasar!

Por otro lado, había una profesora de gimnasia que, cuando llovía y no podíamos hacer la clase, tocaba la guitarra. A ella le gustaba Víctor Heredia, un cantante argentino que en mi casa no se escuchaba, que cantaba una canción que se llama “Dulce Daniela” y dice: “Un mundo nuevo, píntalo nena, pinta dentro de mí”. Para mí era muy esperanzadora esa canción (¡otra vez con la esperanza!). Me ponía la piel de gallina. Sentía que yo era Daniela e iba a pintar ese mundo nuevo en mi propia vida.

Si cierro los ojos, aún tengo la imagen de una Andy de diez años, dos colitas y guardapolvo blanco siempre manchado, sentada como indio, escuchando atentamente a la profe Susana cantar imaginándome que algún día podría hacerlo.

Cantar y pintar fueron dos cosas que no se convirtieron en una carrera formal, pero que disfruté muchas veces (ya les contaré más adelante sobre esto).

Aún hoy, sin embargo, mi canción de cabecera sigue siendo la de *Annie*: la sigo cantando en cada momento difícil o importante de mi vida, como antes de entrar –y fueron tantas veces!– a un quirófano, o cuando desvalijaron mi negocio en la provincia de Córdoba. Cuando me casé por segunda vez, para la despedida de soltera, mis amigas armaron una coreografía con una mega producción donde pude cumplir ese sueño de mi niñez: fui la voz principal y canté por fin, después de tantos sueños cumplidos, la canción de *Annie*.

Pero me estoy adelantando otra vez. Todavía tenía que salir al mundo y buscar una manera de ganarme esa vida mejor que siempre sentí que me esperaba en el futuro.